

Dos salubristas y universitarios esenciales: Héctor Abad y Leonardo Betancur*

Saúl Franco Agudelo

Médico Magister en Medicina Social.
Director Corporación Salud y Desarrollo.
Profesor Adscrito, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional de Colombia

Unidos y distintos

Los unió su manera de entender y ejercer la medicina. Los unió la salud pública, tarea alrededor de la cual articularon buena parte de sus sueños, proyectos y realizaciones. Los unió la universidad, espacio vital y permanente de ambos, en donde fueron profesores, jefes del Departamento de Medicina Preventiva, líderes estudiantiles y profesoriales. Y los unió para siempre y para todos el disparo final que los asesinó a mansalva, en el mismo

minuto y en pleno ejercicio del otro vínculo esencial: la defensa de los derechos humanos. Muy unidos, pero muy distintos.

Los separó al nacer un cuarto de siglo. El doctor Abad nace en la primera posguerra, en 1921, en el suroeste antioqueño, en Jericó, hijo de un notario liberal y nieto de agricultores. Leonardo nace el 13 de febrero de 1946, también en el suroeste de Antioquia, en Titiribí, en la segunda posguerra, hijo de un albañil. Abad desarrolló más el perfil de un

* Homenaje en el séptimo aniversario de su asesinato. Facultad de Medicina. Universidad de Antioquia. 25 de agosto de 1994.

intelectual, de un pensador-provocado, de un investigador-creador. Leonardo fue esencialmente un militante, un estratega, un organizador, un activista. Abad hablaba y escribía, Leonardo hablaba pero nunca escribió nada. Mientras Leonardo fue siempre en una misma dirección, Abad entraba y salía, iba de derecha a izquierda buscando el punto medio, su mesoísmo. Abad se abrió y se conectó desde temprano al ámbito internacional con su posgrado y sus posteriores consultorías en Asia y América. Leonardo permaneció en su tierra, abierto y sintonizado desde ella y vía su internacionalismo a las inquietudes y los aportes externos. Abad fundó en agosto de 1945 su periódico U-235, con ideas liberales que conmovieron a la facultad y a la región. Leonardo retomó otro cuarto de siglo después, al calor de la ola libertaria originada en Francia, el mismo periódico, pero con nuevo apellido: U-235 Época de Liberación. Abad alcanzó a merecer con creces y a cultivar con empeño la imagen de un maestro, Leonardo fue para siempre compañero. Abad poeta, Leonardo bohemio.

Imposible separarlos, pero mal haríamos en pretender homologarlos. Porque fueron uno para muchas cosas y distintos para tantas otras.

Dos salubristas esenciales

En Héctor Abad y en Leonardo Betancur la salud públi-

ca no fue sólo una profesión o un empleo. Ni menos aún un negocio. Fue su manera de vivir. Expresaba la sintonía entre su ser individual y su entorno. Entre sus paquetes biológicos y su mundo social. Entre su vocación y su deseo. No la aprendieron de afuera hacia adentro. La vivieron en un movimiento permanente de dentro hacia afuera y de afuera hacia adentro. La enseñaban con palabras y con hechos, en salones y en la calle, administrando y dirigiendo, investigando y actuando. Era una de sus vidas, porque vivieron intensamente muchas otras vidas. Era una de sus pasiones, porque fueron apasionados de todo lo que querían y hacían. Era su clima y su medio. Su forma casi natural de aproximarse a la realidad. Por todo esto y por mucho más no dudo en calificarlos como *salubristas esenciales*.

¿Qué era para ellos la salud pública? Corriendo todos los riesgos de la simplificación me arriesgo a enunciar las que considero fueron sus cuatro dimensiones fundamentales de la salud pública.

La salud pública: un campo de lucha por la vida

En resumen, ambos fueron luchadores por la vida. Y la salud pública fue una de sus armas favoritas. El horizonte máximo de la salud es la vida. Y la defensa de la vida, de sus condi-

ciones de posibilidad, de su calidad, de la convivencia es la principal tarea de la sociedad en su conjunto y de cada individuo en particular.

No defendieron la vida sólo en el discurso. Hacían salud pública defendiendo la vida sana, con agua y leche limpias. Por eso las denuncias germinales del Abad joven en U-235; y por eso sus debates en las corporaciones públicas de Antioquia. Quería como salubrista una vida sin parásitos ni microorganismos nocivos. Por eso luchó en la campaña de desparasitación en el municipio de Santo Domingo, Antioquia; en el enfrentamiento de la fiebre amarilla en el Putumayo y en la riesgosa y precoz vacunación masiva contra la poliomielitis en el municipio de Andes, también en Antioquia.

Y por eso el trabajo de Leonardo en campamentos universitarios, movimiento al que estuvo vinculado durante toda su etapa de estudiante de medicina, y con el cual construía escuelas y caminos rurales. Por eso también trabajó Leonardo durante años con los sectores marginales del sector denominado, sin eufemismo alguno, del Basurero, ayudando a organizarse y a evitar contagios casi inevitables en ese medio. No sólo salud pública para sanear ambientes físicos y prevenir enfermedades. Querían la vida con educación, vivienda, empleo y alimentación adecuadas para todos. Por eso se fue Abad,

ante el desconcierto y la censura de muchos, a trabajar en el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria a promover la modalidad organizativa de la acción comunal y a apoyar a Futuro para la niñez. Avanzó con su salud pública hacia la defensa de la vida social, de la vida en colectivo, organizada y participativa. Por eso presidió, organizó y apoyó asociaciones profesionales y gremiales. Y culminó su salud pública defendiendo la convivencia ciudadana y la tolerancia bajo las banderas de los derechos humanos. Por eso se vinculó al Comité por la Defensa de los Derechos Humanos. Por eso alzó su voz por los que no la tenían para denunciar y acusar. Por las mismas razones Leonardo militó sin pausa en organizaciones campesinas, obreras y gremiales defendiendo mínimos de dignidad y construyendo ciudadanía. Aun en el momento difícil de la detención en la cárcel de Bellavista, entre el 6 de mayo y el 6 de noviembre de 1979, en el oscuro momento de la cacería de brujas del gobierno del doctor Turbay Ayala, dedicó su tiempo de prisión a curar y alfabetizar compañeros de prisión.

Allí, justo en el escenario de negación de los derechos, reforzó su decisión de luchar por ellos y desde entonces se vinculó sin descanso a esa causa, muy cerca de Abad.

De la lucha por la sobrevivencia avanzaban a la lucha por la convivencia. Del trabajo en

Dos salubristas y universitarios esenciales: Héctor Abad y Leonardo Betancur

el campo de la vida individual al trabajo en la colectividad. De la vacunación a la organización. Del discurso a la práctica. Del análisis a la denuncia. De la denuncia a la lucha. Y de ésta a la muerte. Fue su salud pública, la de la vida.

Hoy, cuando se reconoce a nivel continental una crisis general de la salud pública, se acepta que su recuperación pasa por retomar este norte y objetivo supremo de la defensa de la vida. Se va creando consenso en que el futuro de la salud pública pasa por su capacidad de volverse a enamorar de la vida humana y por convertirla en su idea, fuerza y razón última. Y en esto, como en muchas otras cosas, Abad y Leonardo no sólo fueron visionarios sino también testimonios vivos. Tan vivos antes como después de su muerte.

La salud pública como saber y como práctica

Para ambos la salud pública era un saber. Un saber de la vida, de la sociedad, del poder, de la organización y las instituciones, del acontecer colectivo, de la enfermedad y la muerte. Por tanto, ni sólo médico, ni sólo cuantitativo, ni sólo bionatural. Era un saber múltiple, teórico y práctico, transdisciplinario y multiprofesional. Requería de la matemática y de la estadística —de la que Abad fue profesor en sus primeros años de docencia— pero

las sobrepasaba. Necesitaba de la sociología y de la antropología —que también enseñó— pero no se limitaba a ellas. Se basaba en la epidemiología —Abad fue uno de los primeros epidemiólogos, especie rara por entonces entre nosotros—, pero entendía que a partir de ella el trabajo apenas empezaba. Suponía la economía política, campo en el que Leonardo incurrió desde temprano, y la historia, otra de las pasiones del doctor Abad. Se enriquecía en el arte, se expresaba en la música, se hacía mensaje en la poesía. Por eso los íntimos de Abad, más que médicos, lo fueron —entre otros— Castro Saavedra, Arenas Betancourt y Mejía Vallejo, su paisano. Y por eso la compañía de un poema en el bolsillo de su saco al momento del asesinato: “Ya somos el olvido que seremos...”.

Un saber así requería de bases sólidas. Las adquirieron en la facultad en donde se graduaron de médicos, Abad el 19 de abril (sólo Azar?) de 1947 y Leonardo en 1971. En el posgrado en Salud Pública, Abad en Mineápolis, Leonardo en 1974 en la facultad creada por Abad en la propia Universidad de Antioquia. Y desarrollan las bases adquiridas a lo largo de todas sus vidas pues fueron siempre estudiantes, aprendices con ganas insaciables de saber siempre más.

Un saber así era también difícilmente aceptable y asimilable por el saber médico convencional, de rígidas fronteras y poder excluyente. Por eso sub-

valoraron y persiguieron a Abad los que él llamaba las "vacas sagradas" de la medicina paisa. Y por eso tuvo fuerza para avanzar hacia lo que consideraba un nuevo saber, hijo de la salud pública y nieto de la medicina, según su propio símil. Ese nuevo saber sería la *poliatría, la ciencia del bienestar humano*. Si bien le dedicó trabajo y una publicación, la poliatría necesitaba más de lo que pudo darle y, como se dijo antes, no alcanzó a echar raíces.

Sin duda por su perfil y por su historia, al saber de la salud pública le aportó más Abad que Leonardo. Pero para ambos, más que un saber, *la salud pública era un hacer*. Un hacer social. Un hacer en colectivo. Una línea sostenida de acciones, organizaciones, servicios, decisiones y ensayos. Por eso las campañas ya anotadas. Por eso alternaron casi sin paréntesis en la Jefatura del Departamento de Medicina Preventiva de su facultad desde 1956 hasta su muerte. Y por eso el empeño de Abad en la idea y la realidad de las *promotoras rurales de salud*. Al respecto, vale la pena un comentario. La *promoción de la salud* es una antigua idea de la salud pública que hoy renace, está de moda y la presentan algunos como la panacea del futuro. También en esto, pero sin lo de panacea, Abad se anticipó. Y no se quedó en la idea, sino que, a raíz de lo que observó en México, la concretó, le dio un instrumento eficaz: las promotoras rurales de

salud. Las empezó a formar en 1956 en Santo Domingo, Antioquia. Para 1968, siendo Ministro de Salud otro quijote de la salud pública de este país: Antonio Ordóñez Plaja, se les da reconocimiento académico y administrativo y se intenta extenderlas a todo el territorio nacional. Y a los veinticinco años de iniciado el trabajo, llegan a la cantidad no despreciable de 5.000, "mis cinco mil novias" como las llamó en el enamorado artículo periodístico del 23 de agosto de 1981.

No sólo promotoras rurales. También salubristas. En 1964 Abad fundó la Escuela Nacional de Salud Pública, proyecto conjunto entre el Ministerio de Salud y la Universidad de Antioquia. Fue su primer director, su orientador original. En el camino, la relación del Maestro y su Escuela fue turbulenta. Él se reconocía también, desde Asia lo explícito en más de una carta, como creador de antiescuela. No se asustaba en consecuencia cuando sus discípulos, Leonardo y yo entre ellos, lo enfrentábamos y atacábamos. O cuando los ritmos y directrices de su Escuela eran distintos de los suyos. Terminó por sentir más próximo su Departamento de Medicina Preventiva de la Universidad de Antioquia, al que volvía siempre. No así a la Escuela. Hoy, como Facultad, la Escuela lleva su nombre. Y, ojalá, más que el nombre, lleve adelante lo mejor de su mensaje.

No sólo salubristas. También líderes sindicales. En 1981 Leonardo es co-fundador de la Escuela Nacional Sindical en donde todavía se siguen formando obreros y conciencia obrera. Fue su primer Director entre 1981 y 1983 y estuvo en su Consejo Directivo hasta 1985.

Sigue necesitando con urgencia la salud pública reajustes en su referencial conceptual, en su cientificidad y en sus prácticas. Debe estar más cerca de los escenarios de la vida cotidiana de la sociedad y menos pegada exclusiva y nostálgicamente al medio hospitalario. Debe fortalecer su rigor matemático, pero no puede seguir mirando con desprecio los esenciales aportes de las ciencias humanas y sociales. No puede olvidarse de la enfermedad, pero tiene que adentrarse mucho más en los arcanos de la vida, en las positividades de la salud y en los misterios de la muerte. Más ciencia, nuevas prácticas, más espacios. Y mucha, muchísima más vida.

La salud pública como cultura de la salud y de la vida

Nieto de agricultores de Jericó el uno y de albañil y familia campesina el otro, asimilaron que el campo de la salud era también un campo de siembras y cultivos, de abonos y cosechas. De muchas siembras y de pocas cosechas.

Fueron, en síntesis, sembradores de ideas y dudas, de sueños y experiencias, de amores lo saben muy bien doña Cecilia, el amor y la compañera inseparable de Abad desde el 16 de septiembre de 1950 hasta siempre, y Cecilia, la compañera de Leonardo desde 1971, la madre de sus tres hijos, uno de los cuales ya no nos acompaña por esos absurdos que padecemos sin entender jamás. Como sembrador de dudas y de ideas reconocemos a Abad como *Maestro*, uno de los oficios que más amó y que mejor supo desempeñar. Como sembrador de hijos y de nietos lo reconocen como padre y abuelo quienes tuvieron la dicha y el orgullo inagotable de serlo. Como sembrador de proyectos y de acciones lo reconocemos como gerente, dirigente, vicedecano o jefe de todas las empresas e instituciones que le dieron la oportunidad de serlo.

Eran sembradores. Lo sabía Abad desde cuando participó en el Colegio de Sevilla, en el Valle del Cauca, en la redacción de *Simiente*, su primer periódico estudiantil. Cuando en la década del cuarenta sacudió a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia con su explosivo U-235. O cuando al empezar los ochenta ayudó a refrescar la misma Facultad con *Viento Nuevo*, la última revista estudiantil en la que comprometió su nombre. Y lo sabía Leonardo desde sus estudios primarios en Titiribí, secundarios en Envigado, y univesitarios, con

liderazgo reconocido, en el momento de mayor auge y complejidad del movimiento estudiantil.

Sabían que para sembrar había que remover la superficie, abonar y hundir fuerte el azadón en la entraña de la tierra. Sólo así la semilla penetra y se protege. Por eso Abad sintió el grito de la reacción de los sectores más conservadores de su Antioquia y soportó los embates muy poco católicos de "La hora católica".

Entendían que la cultura es un territorio de cultivo de la diversidad; de explicaciones y representaciones diversas sobre las realidades con las que se convive o se sueña; de comportamientos, valores y expectativas diferentes. Lo llevaron al campo de la salud y defendieron la necesidad de entender el entorno del enfermo y de las enfermedades; de respetar creencias y prácticas populares frente a la enfermedad y la muerte no canonizada por el saber convencional; de cuidar la salud como una planta y la vida como la mayor riqueza. Sin proponérselo fueron agricultores de lo que hoy llamamos "nueva cultura de la vida y la salud". En 1972 Leonardo se va al Guaviare, y en San José se aproxima a otra cultura: la de los indígenas. Y establece una corriente de doble flujo desde su saber y su práctica hacia y desde la de ellos. Este contacto lo marca y le refuerza una de sus notas dominantes: la tolerancia y la concertación. Am-

bos tenían madera tolerante en un medio que ni lo era ni lo es.

Uno siempre siembra, dijo Abad. El sembrador siempre nace, le dije yo cuando en agosto de 1982 se jubiló como profesor de nuestra Facultad de Medicina y como hoy lo repetimos todos al verlos nacer cada día en tantas partes.

Buen sembrador. Pero mal cultivador y pésimo cosechador Abad. De tanto sembrar, o no le alcanzó la vida o le preocupó menos cosechar. Por eso algunos proyectos quedaron huérfanos o inconclusos. Por eso algunas ideas —poliatría y mesoísmo, por ejemplo— no tuvieron los desarrollos que les hubieran permitido mayor densidad y utilidad. Por eso algunas experiencias no germinaron como él lo soñó. Leonardo, en cambio, cultivó mucho más sus frentes, su tierra, sus tareas. Pero la vida le negó el tiempo de casi todas las cosechas.

La crisis actual de la salud pública pasa también por la pérdida de su potencia seminal. La histórica primacía del academismo y el burocratismo la ha alejado de su tarea de fermento, de su campo de siembras y cosechas. Hoy siembra poco. Casi no cava. Repite mucho y casi no interroga. Acepta rápido y se inclina y se deslumbra fácil. Se cree muy científica, eficiente y gerencial. No siempre sabe valorar y asumir su papel transformador, interrogador, confrontador. Su futuro también

tendrá que ver con su capacidad para recargarse de ideas y preguntas, de dudas y proyectos, de energía vital. La salud pública del futuro será también una nueva agricultura de la vida y de la salud. Tendrá nuevos campos y semillas, agricultores y abonos mejor balanceados y, ojalá mejores cosechas.

La salud pública como acción política

Abad Gómez se auto-definió también como un activista político-social. Y Leonardo fue exactamente eso para todos. Al igual que Virchow un siglo antes, entendieron que la política era medicina a gran escala. Y así la ejercieron. No como politiquería, además sino como interpretación y canalización de la voluntad colectiva hacia la solución de las necesidades sociales. De hecho en política partidista no les fue bien. La de derecha consideraba a Abad demasiado de izquierda, y la de izquierda desconfiaba de sus afinidades con la derecha. Esto, en un país en el que la filiación partidista cuenta tanto en la distribución del poder burocrático, puede explicar en parte por qué un hombre de su talle y de sus capacidades nunca fue decano, ni rector, ni alcalde, ni ministro. En realidad sólo tuvo cargos de mediano calibre. Leonardo, por su parte, no tuvo ningún cargo por fuera de la Universidad,

con excepción de su paso por el Concejo de Medellín en 1980. En cambio, en los campos en los que el poder lo confiere el liderazgo, las ideas, la lealtad y las convicciones, estaban siempre en la primera fila.

Apenas Abad recibía su título de médico, ya estaba entrando en el campo de las decisiones políticas de la salud pública regional. Muy poco después está ya en el nivel nacional enfrentando epidemias, impulsando vacunaciones o redactando proyectos de ley, como el del año del servicio social obligatorio aprobado en 1948. Un poco más adelante lo encontramos ya en foros y con organismos internacionales y mundiales comunicando experiencias locales, discutiendo proyectos innovadores y, como siempre, aprendiendo y polemizando. Sin perder el polo a tierra, trabaja al mismo tiempo en una de las modalidades participativas de entonces, la acción comunal, visitaba los distritos de riesgo de la reforma agraria, iba a donde otros no iban, tenía tiempo para oír a los que nadie oye.

Leonardo, desde antes de recibir su título de médico, ya era un militante de la justicia y de la dignidad. Va al Guaviare, vuelve a los sindicatos, a las organizaciones barriales, a la lucha política dentro del movimiento profesoral y estudiantil, a la participación en Firmes, cuando ese movimiento significaba una aventura democrática.

Militaron ambos sin descanso —¡y a qué precio!— en un partido: el de los derechos humanos. Desde allí pudieron enterarse de muchas verdades no oficiales, de muchas violaciones a todos los derechos, de muchos violadores con antifaz de defensores de derechos. Fue una militancia que los llevó de vereda en vereda, de riesgo en riesgo, de dolor en dolor. Incapaces de otorgar con el silencio, hablaron, batallaron, denunciaron. "Yo acuso" fue uno de los más vibrantes y valientes artículos periodísticos del doctor Abad, publicado en el periódico *El Mundo*, de Medellín, el 4 de agosto de 1979. Es posible que por acusar los hayan acusado y que por hablar así hayan ido decidiendo silenciarlos.

No sólo denunciaron. Padecieron la violencia, todas las violencias. Cinco de los compañeros más próximos del doctor Abad fueron asesinados en Sevilla en su primera juventud. Le golpeó cerca la violencia política desatada en 1948 y salió del País en 1950. Lo vimos enfrentar la violencia policial contra marchas pacíficas en defensa del Hospital o de otras causas universitarias. Leonardo creció en los primeros años de la etapa que conocemos como de la Violencia en Colombia. Enfrentó la violencia de la fuerza pública contra las manifestaciones de protesta e insatisfacción estudiantil, padeció los allanamientos frecuentes a su casa y a su privacidad, y fue víctima

del encarcelamiento y señalado en 1979. La muerte violenta de ambos fue la culminación contra ellos del imperio de la fuerza y de la intolerancia.

Y estudiaron la violencia. El único escrito que conservo de Leonardo es la transcripción de una conferencia suya sobre la violencia en Colombia, dictada en la sede de la Asociación Médica de Antioquia en 1986, en la cual diferencia las violencias económica, política y social. Abad consideró la violencia como una expresión de desigualdades, un síntoma de profundas enfermedades sociales y una realidad culturalmente creada, en ocasiones necesaria al organismo social. Fue el pionero solitario de los estudios de epidemiología de la violencia al empezar la década de los sesenta. La estudió e invitó a estudiarla. Le hicimos caso demasiado tarde.

La presunta neutralidad política de la salud pública en nombre de la objetividad y la racionalidad científico-técnica ha contribuido, sin duda, a su distanciamiento de muchas realidades y causas que le son esenciales. Y en lugar de neutral ha devenido cómplice, ajena, insípida. No es que deba politizarse conyuntural y subjetivamente. Es que la salud pública es, por esencia, política. Las más recientes discusiones sobre el tema —la Declaración de Quito, de septiembre 1993, por ejemplo— señalan como tarea fundamental para revitalizar y re-

Dos salubristas y universitarios esenciales: Héctor Abad y Leonardo Betancur

encauzar la salud pública en América Latina la recuperación de su entidad y de su compromiso político. Esta tarea no es exclusiva de los salubristas de escuela. Ni sólo de los reconocidos y remunerados como tales. Lo es de todos los que en el arte o en la política, en la ciencia o en la técnica, en la calle o en las instituciones luchan por la vida, trabajan como agricultores de la convivencia y el bienestar colectivo, construyen saberes y prácticas para mejorar la salud y prevenir enfermedades, y se arriesgan a hacer de la política no una maquinaria para multiplicar sus intereses sino un instrumento para demandar y ejercer el poder en la búsqueda de solución a las necesidades sociales. Que fue lo vivido y lo enseñado por Héctor Abad Gómez y por Leonardo Betancur con su vida. Y con su muerte.

Dos universitarios esenciales

No era para ellos la universidad la fuente de ingresos o el espacio rutinario de trabajo. No les era exterior. Ni firmaron con ella un contrato de trabajo. Fue un pacto de vida. Eran Universidad, universitarios. Vivían en y para la Universidad. Ella les retroalimentaba siempre la inquietud intelectual, la pregunta sobre lo establecido y lo convencional, el estímulo para la lucha, la fuerza para avanzar. Si "Alma Máter" tiene que ver con núcleo de vida,

con matriz, con reserva y generación de energía, ellos lo entendieron y ejercieron muy bien.

De ella bebieron conocimientos igual como docentes que como aprendices. En ella conformaron y ejercieron sus liderazgos, reconocidos en la madurez cuando ambos, en distintos momentos y contextos, ejercieron con acierto la Presidencia de la Asociación de Profesores.

En ella desarrollaron y cultivaron la conciencia crítica, necesaria igual para tomar distancia del poder establecido que para mirar otros ángulos y proponer otras alternativas.

Desde ellas se proyectaron hacia adentro y hacia afuera vía la cátedra, el debate, el discurso y la investigación.

Ella los acogía y los rechazaba a veces, los quería y los interrogaba, los exaltaba y los tranquilizaba, les daba vida y los lloró al perderlos.

Dos preguntas pueden orientar nuestra indagación y nuestro trabajo universitario actual: *¿qué universidad necesita la sociedad de este final de milenio? ¿Qué sociedad quiere ayudar a construir la Universidad de principios del siglo XXI?* Se trata de acelerar, bien ubicados en el presente y proyectados al futuro, bien sintonizados con la provincia, el país y la aldea planetaria, la construcción y reconstrucción de la Universidad que la sociedad está requiriendo, y la formulación de la sociedad

que consideramos mejor. Al respeto pienso que la tarea prioritaria es la reconformación del pacto universidad-sociedad. Un pacto que ha existido, pero que requiere reformulaciones, nuevas prácticas y actores, aire fresco y sangre nueva. Pacto científico-tecnológico, para decidir qué ciencia y qué tecnología, construidas cómo, al servicio de quiénes y aplicadas dónde. Pacto con el arte y los artistas para crear más, fecundar más lo cotidiano y ayudar a soñar con polo a tierra. Pacto ciudadano, para reencontrar la identidad político-social de los actores universitarios y sociales y reconstruir la red de deberes y derechos, de relaciones de tolerancia a la diferencia e intolerancia a las inequidades. Pacto con el Estado que igual le impida a ella seguir existiendo como hija minusválida le impida a él evadir sus esenciales responsabilidades frente a ella. Pacto con las regiones y con las organizaciones sociales con lo que producen y con los que necesitan, con el presente y con el futuro de todos.

Las dos preguntas formuladas trascienden el objeto de esta presentación. Pero pueden impulsarnos a nuevas búsquedas y acciones. Y, sin duda, apuntan en la dirección de lo que Leonardo y Abad trabajaron y quisieron. El mejor homenaje a ellos puede ser acelerar la lucha *por la vida*,

por la salud (pública) y por la Universidad.

Bibliografía

- ABAD GÓMEZ, Héctor. Cartas desde Asia. Medellín: Universidad de Antioquia, 1977.
- UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA. FACULTAD DE MEDICINA. Memorias. Primer encuentro nacional de profesores de medicina preventiva y salud pública. Medellín: Universidad de Antioquia, 1982.
- UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA. FACULTAD NACIONAL DE SALUD PÚBLICA. Memorias Foro Salud Siglo XXI. Medellín, 1984.
- ABAD GÓMEZ, Héctor. Teoría y práctica de salud pública. Medellín: Universidad de Antioquia, 1987.
- BETANCUR, Leonardo. La violencia en Colombia. Revista Facultad Nacional de Salud Pública (Medellín) Vol. 10 No. 2, (Jul.-Dic. 1987).
- JUTEN, Paul, compilador. Una vida por la vida. Coedición UNAP-ECOE. Bogotá: 1989.
- ABAD GÓMEZ, Héctor. Manual de tolerancia. Colección Otraparte. Medellín: Universidad de Antioquia, 1990.
- ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD. La crisis de la salud pública: reflexiones para el debate. Washington: 1992. (Publicación Científica No. 540).
- ESCUELA DE SALUD PÚBLICA y ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD. Salud pública: ciencia, política y acción. Quito, 1993.